

## *La raíz americanista del modernismo: el ensayo Guatemala (1878) de José Martí*

CARLOS JAVIER MORALES  
Universidad de la Rioja

A don Luis Sáinz de Medrano

Entre los primeros textos extensos salidos de la pluma martiana nos encontramos con un ensayo que, por ser publicado inicialmente como folleto, en 1878, no ha alcanzado la celebridad que en justicia merece. Porque, además de su valor intrínseco y de su temprana —aunque evidente— inserción en la estética modernista (a diez años del *Azul* de Darío), esta obra rezuma un americanismo muy consistente que, a decir verdad, nunca fue ajeno al espíritu y a la realidad del Modernismo.

En efecto, desde Martí, figura auroral pero profundamente madura dentro de este movimiento, hasta autores más jóvenes, como Rufino Blanco-Fombona, América ha sido tema de una cuantiosa creación en prosa y en verso del Modernismo. Y cuando no ha sido *tema*, ha sido un condicionante capital de esta vastísima escritura tan decisiva en la modernización de todas las letras hispánicas. Y todos los autores eran conscientes de ello, pues así se manifiesta cada vez que reflexionan sobre su producción literaria, sobre lo que ha sido y debe ser la literatura hispanoamericana a la que ellos contribuyen. Sólo que, deslumbrada con otros motivos temáticos más espectacularmente novedosos, buena parte de la crítica ha silenciado —o sencillamente no ha advertido— la impronta americana que late o se explicita en este vastísimo conjunto de obras.

Autores de la talla y de diversa cronología como Martí, Rodó, Lugones o Manuel Díaz Rodríguez han ejercitado de continuo una mirada ahondadora y esclarecedora sobre la identidad y el futuro de nuestra América, que ha sido

indispensable para la conciencia americanista de la literatura posterior. En otros casos la preocupación o el orgullo por su continente se ha encauzado por una postura indianista y exótica, que trata de exaltar los valores americanos a través de una previa mitificación de los mismos, elevándolos a la cima de los grandes mitos universales<sup>1</sup>.

Y siempre, por debajo del cosmopolitismo y del aparente escapismo de esta literatura, subyace un arraigo americano para el que la divagación expansiva y cosmopolita constituye, paradójicamente, un enriquecimiento y una concienciación más lúcida sobre la realidad de Hispanoamérica. Y es que, mirando a Francia, a Italia, al lejano Oriente o a las misteriosas *ciudades muertas*<sup>2</sup>, lo que pretende el escritor modernista es elevar el Nuevo Continente de habla hispana a la altura espiritual, artística y literaria de los países más cultos. El cosmopolitismo biográfico o literario no fue más que una ambiciosa tentativa de abandonar la comparación cultural con una España que por entonces no parecía ofrecerles nada nuevo, para fijar como modelos a unos países que se hallaban en la vanguardia de la literatura y del arte. Fue la autoimposición de unas metas más altas para cada escritor y para la totalidad del continente hispanoamericano que ellos se empeñaban en modernizar. Una expansión beneficiosa y necesaria para superar el aislamiento del Virreinato y del estrecho nativismo de las primeras décadas de la Independencia. Así lo expresa José Enrique Rodó en 1895:

La exageración del espíritu de nacionalidad (...) puede llevar en América a los extremos del regionalismo infecundo y receloso que sólo da de sí una originalidad obtenida al precio de incomunicaciones e intolerancias: el de la literatura que se adhiere a la tierra como una vegetación y parece describir en torno suyo el límite insalvable que fijaba la huraña personalidad de la ciudad antigua al suelo consagrado por sus dioses.

Una cultura naciente sólo puede vigorizarse a condición de franquear la atmósfera que la circunda a «los cuatro vientos del espíri-

---

<sup>1</sup> Cfr. Ricardo Gullón, «Indigenismo y modernismo», en *Direcciones del modernismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1990 (ed. revisada y aumentada), págs. 53-63. Para evitar la confusión, considero oportuno señalar que lo que Gullón designa con el rótulo de *indigenismo* podría llamarse *indianismo*, por su carácter exotista y su evidente diferencia con la reivindicación radical de la literatura indigenista anterior y posterior.

<sup>2</sup> Cfr. Hans Hinterhäuser, «Ciudades muertas», en *Fin de siglo. Figuras y mitos*, Madrid, Taurus, 1980, págs. 41-66.

tu». La manifestación de independencia que puede reclamársele es el criterio propio que discierna, de lo que conviene adquirir en el modelo, lo que hay de falso e inoportuno en la imitación<sup>3</sup>.

La literatura inmediatamente posterior al modernismo, designada de ordinario con el impreciso rótulo de *regionalismo*, alcanzó el grado de universalidad y de permanencia que reconocemos en Ramón López Velarde, Gabriela Mistral, Ricardo Güiraldes, Rómulo Gallegos, etc., gracias a la ilimitada expansión espiritual y literaria que el modernismo realizó de continuo. Y el americanismo persistente en la poesía y la prosa del Nuevo Mundo hispánico a lo largo de todo nuestro siglo XX ha logrado una difusión mundial gracias al ambicioso diseño espiritual y cultural que trazaron en América los escritores modernistas. Las literaturas y culturas extranjeras que tanto sedujeron a estos autores ensancharon e hicieron más profunda la noción de América imperante a los inicios del movimiento. Todavía en 1901 el venezolano Pedro Emilio Coll invitaba a esa saludable apertura por el bien de sus países americanos:

Son las literaturas extranjeras algo como un viaje ideal, que nos enseña a distinguir lo que hay de peculiar en las cosas que nos rodean y entre las cuales hemos crecido. Si nos aleja un tanto de la raza, es lo necesario para apreciar mejor sus relieves, matices y rasgos característicos; tal como un cuadro que ha de ser visto a distancia y no con los ojos sobre la tela<sup>4</sup>.

Y, en los albores del movimiento, pero con una clarividente convicción y una decidida voluntad, José Martí, el constante predicador del americanismo literario, nos asegura que «conocer diversas literaturas es el medio mejor de libertarse de la tiranía de algunas de ellas»<sup>5</sup>.

---

<sup>3</sup> J. E. Rodó. «El americanismo literario», en *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* (Montevideo, 1895), recogido en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1967.

<sup>4</sup> P. E. Coll. «Decadentismo y americanismo», de *El castillo de Elsinor* (Caracas, 1901), recogido en Ricardo Gullón (ed.), *El modernismo visto por los modernistas*, Madrid, Guadarrama, 1980, pág. 89.

<sup>5</sup> J. Martí. «Oscar Wilde» (1882), en *Obras completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, tomo 15, pág. 361.

## **Guatemala en la vida y la obra de Martí**

El ensayo que nos ocupa fue escrito por José Martí en los últimos meses de 1877, durante su estancia en Guatemala, país que le había acogido en abril de ese mismo año y que abandonará en abril del año siguiente, ya casado con Carmen Zayas Bazán. A pesar de sus veinticuatro años, nuestro autor ha pasado por diversas experiencias que han acelerado su madurez literaria y humana y que confieren a este texto una consistencia de pensamiento y lenguaje muy cercana a la de su plena madurez creadora. En efecto, su prisión, a los quince años, en las canteras de San Lázaro; su deportación a España, su graduación universitaria en Zaragoza, su dinámica vida cultural en México, así como sus abundantes lecturas de los clásicos y modernos de las literaturas occidentales, son factores que precipitan su temprana adquisición de una peculiar visión del mundo y de un estilo renovadoramente original, que se ha de inscribir sin reparos en el incipiente movimiento modernista, como comprobaremos al abordar esta obra publicada en 1878.

Martí, después de su experiencia española y mexicana, ha logrado discernir con sorprendente lucidez la diversidad natural y espiritual de los pueblos de Europa y de «Nuestra América», por emplear su elocuente designación. Digamos que en *Guatemala* el autor ha vertido el entusiasmo ante la vitalidad colosal de la Naturaleza americana, en la que entrevé un condicionante muy positivo para la grandeza del espíritu y para la creación de una literatura genuinamente hispanoamericana, como defenderá posteriormente con unos planteamientos que superan el nativismo romántico de la literatura de aquellas jóvenes repúblicas.

Y es que en nuestro ensayo, Guatemala, siendo el objeto específico de sus cogitaciones y afectos, y sin dejar de ser un país concreto y real, constituye a la vez, por el carácter universalista de la escritura martiana, un poderoso símbolo de la naturaleza y el espíritu de toda Hispanoamérica.

Dentro de los fines específicos de este ensayo de 1878 —y dentro de sus consecuentes limitaciones temáticas—, la obra en cuestión nos ofrece una síntesis muy sugestiva de la entera y personal visión del mundo que se forja Martí tan tempranamente. Al mismo tiempo, a través de estas páginas se trasluce la particular y aguzada sensibilidad del joven maestro, que se halla inaugurando una nueva y decisiva etapa para la modernización de la prosa en castellano.

Si lo que pretende Martí en este ensayo es una representación viva y global sobre la realidad física, humana y cultural de Guatemala (y que cum-

ple cabalmente, como veremos), a primera vista llama nuestra atención la brevedad material del texto, que ocupa tan sólo cuarenta y seis páginas en la edición que manejamos<sup>6</sup>, cuando el propósito del autor parece requerir un extenso y exhaustivo texto documental. Y es que la pupila martiana, tal como propone el creciente simbolismo (de Verlaine a Walt Whitman) y el posterior ideario modernista, opera una visión radicalmente impresionista de la realidad externa que es objeto de su representación. Su mirada, en virtud del carácter sintético y radicalmente subjetivo del impresionismo, le permitirá abarcar la realidad integral de un país a través del poder condensador y emotivamente intensificador del símbolo, recurso nuclear de todo impresionismo<sup>7</sup>. Este fenómeno se manifiesta con evidencia, entre otros efectos, a través de la falta de transiciones lógicas entre una sentencia y otra, que se adecúan al arranque espontáneo —y no siempre discursivo— de la emotividad lírica subyacente en la representación impresionista de la realidad.

Mediante esta subjetivista observación de la realidad externa, Martí pone ante nuestros ojos de lectores todos los elementos positivos que actualmente —en el presente del texto martiano— constituyen la promisoría realidad de Guatemala y que dan pie a augurarle un destino de civilización superior, que ha de cumplirse en un futuro próximo, a semejanza del resto de «Nuestra América». Así nos lo presenta, en el pasaje prácticamente conclusivo y expresivamente sintético del ensayo:

Anchos caminos, naturales esplendideces; bondadoso carácter, benévolo gobierno, inquietud por mejora y por riqueza; mujeres americanas y cristianas, hombres inteligentes y afectuosos, viejo arte, ansia creciente, señorial ciudad, deleitoso clima, pintorescos pueblos, seguro bienestar, fantástico crecimiento de fortuna; he aquí todo lo que al mundo ofrece Guatemala, fertilísimo campo, California agrícola (ed. cit., pág. 57).

---

<sup>6</sup> Se trata de la necesaria y reciente edición publicada en La Habana, fruto de una fructífera labor de crítica textual que forma parte de la edición crítica de sus *Obras completas*, todavía en preparación, aunque ya han aparecido algunos volúmenes que auguran el éxito de este ambicioso proyecto. En adelante, citaré, pues, por esta edición: José Martí. *Guatemala*, edición crítica de María Talavera y Pedro Pablo Rodríguez, La Habana, Centro de Estudios Martianos-Editorial José Martí, 1998.

<sup>7</sup> Cfr., con respecto al carácter simbólico de toda plasmación impresionista, mi libro *La poética de José Martí y su contexto*, Madrid, Ed. Verbum, 1994, págs. 339-414.

En esta enumeración sintetizadora que, con las distancias considerables, nos recuerda los cánticos máximamente abarcadores de su patria que seguía escribiendo Walt Whitman por entonces (aunque no parece que Martí conociera ya esta benefactora influencia del americano del Norte); en esta enumeración sintetizadora —digo— Martí nos reitera y nos condensa la mirada *idealizadora y utópica* (en el más noble sentido de estos términos) que ha venido realizando sobre Guatemala a lo largo de todo el ensayo. Una mirada que supera holgada y ostentosamente la descripción naturalista tan en boga por aquellos años, y que nuestro autor conocía muy bien a raíz de su estancia en México.

Existen, sí, motivos reales e históricos para que el canto guatemalteco de Martí adquiriera ese predominante regocijo venturoso: el país, después de la Revolución liberal de 1871, atravesaba un proceso de reformas modernizadoras que, en principio, habrían de posibilitar un desarrollo justo y armónico. Me refiero a las leyes para la redistribución de la tierra, al impulso de una agricultura comercial y competitiva en el mercado internacional, a la renovadora y útil política educativa que prometía un país de profesionales idóneos en sus respectivos campos. Todos estos fenómenos son percibidos por nuestro autor en un estado germinal pero de razonable y fecundo desarrollo. De ahí que el optimismo que permea todo su discurso arraigue en una realidad que presenta elocuentes síntomas de perfeccionamiento. Tal optimismo no le impide señalar, por contraste, los descarríos políticos y sociales que ha vivido el país durante el Virreinato español y los gobiernos caudillistas posteriores a la Independencia, los cuales se presentan como efectos de un malsano pasado en vías de extinguirse. Así se explicita al señalar la intención de sus páginas casi al inicio de las mismas:

Estudiaré a la falda de la eminencia histórica del Carmen [hermita junto a la que se construyó la nueva Ciudad de Guatemala], en medio de las ruinas de la Antigua, a la ribera de la laguna de Amatitlán, las causas de nuestro estado mísero, los medios de renacer y de asombrar. Derribaré el *cacaxte* [una especie de gran cesta para cargar mercancías a la espalda] de los indios, el huacal ominoso, y pondré en sus manos el arado, y en su seno dormido la conciencia (pág. 9).

De manera que su percepción realista no excluye la mirada utópica y promisoriosa sobre la realidad guatemalteca, sino que más bien ambas fuerzas se

nos muestran en una tensión dialéctica que Martí resuelve positivamente gracias en su fe en la Armonía cósmica a pesar de los desgarramientos de la Historia. Así espera, por ejemplo, que la Universidad del país sea «el gran estudio de los gérmenes, de las esperanzas, de los desenvolvimientos y de las analogías» (pág. 53).

Esta armonía martiana, fundamentada en un pensamiento analógico de voluntad ética y estética, le permite dignificar soberanamente la realidad contemplada, a pesar de las fuerzas regresivas y destructoras que siguen oponiéndose a ese integral progreso deseado y ya operante. Y esta armonía martiana consigue salvar también la esperanza del autor en un país donde, a nivel personal, también estaba sufriendo —e iba a sufrir más dentro de poco— notables incomprendimientos y hostilidades, derivadas de la pervivencia de actitudes caudillistas de signo criollista por parte del mismo gobierno que se empeñaba en realizar tan importantes reformas. Como consecuencia de ello, el gobierno de Justo Rufino Barrios destituiría al cubano José María Izaguirre del cargo de Director de la Escuela Normal Preparatoria de la Ciudad de Guatemala, a la que de inmediato siguió, como efecto necesario, la expulsión de Martí del claustro docente de la misma institución académica. Los motivos de tales contrariedades parecen ser, en un principio, la defensa radical del indio llevada a cabo por nuestro autor, que implicaba consecuencias prácticas urgentes en el plano educativo<sup>8</sup>.

Ello no obsta —insisto— para que la noble utopía martiana nos presente a una Guatemala ya redimida en el presente, tal como suele el cubano encarar todas sus reflexiones sobre Nuestra América, sin menospreciar por ello los obstáculos evidentes que siguen retardando esa reconstrucción ansiada. La utopía presente de Guatemala se fundamenta, según se desprende del discurso martiano, en la armonía de la Naturaleza americana con sus hombres, realidad que ya muestra signos satisfactorios y que culminará a través del constante esfuerzo ético de todos los compatriotas guatemaltecos, y a través de una educación que les provea de una sensibilidad estética considerada como indispensable para el conocimiento y la ejecución del bien. Ética y estética, pues, como disciplinas capitales del espíritu, que han de cumplirse en todo proceso educativo, de acuerdo con la filosofía krausista que Martí había conocido hondamente en Madrid y

---

<sup>8</sup> Cfr. dos de las biografías más recientes del Maestro: la de Nelson Martínez Díaz, *José Martí*, Madrid, Historia 16-Eds. Quorum, 1987, págs. 52-56; y la de Luis Toledo Sande, *Cesto de llamas. Biografía de José Martí*, Sevilla, Eds. Alfar, 1998, págs. 74-90.

que, directa o indirectamente, se halla sosteniendo el pensamiento de todos los escritores modernistas; al menos de aquellos más responsables en su misión social.

Y esa prosperidad que nos promete la utopía martiana sobre Guatemala será también consecuencia de una libre y afanosa apertura de sus intelectuales y artistas a todos los hallazgos científicos y culturales extranjeros, siempre que sean asimilados según las circunstancias propias del país americano. Sin formularlo en los mismos términos que en el ensayo *Nuestra América* (1891), ya Martí advierte que la redención de esta vastísima tierra se verá consumada cuando se supere favorablemente la dialéctica entre *falsa erudición* y *naturaleza propia*, que es la clave del conflicto que otros pensadores americanos definieron, con menor precisión y peor fortuna, como *civilización* frente a *barbarie*.

Así, a propósito del nuevo Código Civil del país, el cubano advierte el notable esfuerzo de adecuación entre la legislación y los hombres que a ella se someten:

Dejan de ser los abogados augures para comenzar a ser sacerdotes. Se ha aprovechado para el Código todo lo nuevo, se ha repetido todo lo intrincado, lo repetido, lo laberíntico, lo añejo. Primitivas disposiciones del Fuero Juzgo, cándidas —aunque honradas— prescripciones del Código Alfonsino; locales e inoportunos mandamientos de las Ordenanzas —¿qué ha de hacer en América lo que se mandó para Nájera?—, sujeciones señoriales de la antes sabia ley de Toro, han venido a tierra precedidas de un vigoroso informe, bello en la forma, sintético en la expresión, perfecto en el método, debido a la instrucción jurídica y reformador anhelo de Montúfar (pág. 46).

### ***Guatemala y la índole del americanismo de Martí***

De todo lo anterior puede concluirse que la visión utópica que Martí nos ofrece del país objeto de este ensayo no atenta contra el realismo histórico, sino que se inscribe más bien en un *realismo dinámico de volición ética* —constante en toda la obra del cubano— donde los elementos positivos ya presentes en la materia abordada se valoran a la luz de un futuro en continuo proceso perfecto, gracias al triple imperativo ético del amor, del dolor y del deber que determinan toda interpretación martiana de la Historia.



Esto se comprueba en el tipo de descripción de la naturaleza, en la valoración realista de la economía guatemalteca, en su ponderación optimista de la Revolución de 1871, en el arraigo positivista que le capacita para señalar el cúmulo de beneficios que recibirá un pueblo científicamente avanzado; en el papel protagonista que confiere a la reforma educativa como eje del progreso nacional, una educación que ha de incidir en la inteligencia, en la voluntad y en el concierto de ambas para el afinamiento de la sensibilidad estética, tan indispensable como la lucidez racional.

En efecto, a pesar de esa idealización utópica ya advertida, se destaca ante nuestro ojos de lectores un paisaje netamente americano, exento de todas los tópicos con que muchos de los primeros románticos del Nuevo Mundo representaron sus tierras, percibidas siempre bajo el tamiz exotista de los románticos europeos. El paisaje de nuestro ensayo es genuinamente americano, tanto en sus menudencias descriptivas como en los elementos simbólicos con que sintetiza su esplendor. Observemos, entre otros muchos ejemplos posibles, esta estampa de fina precisión geográfica presidida, no obstante, por la realista simbología del *café* y del *volcán*:

Quiere el café suelo volcánico: ni el muy ardiente de la costa, ni el muy frío de las cumbres; lo que llaman en Guatemala boca-costa.

Y es bueno, porque de veras será bien remunerado el que a ellos vaya, señalar dónde plugo a la naturaleza hacer más fértil el grano. Es muy allá del lado del Pacífico: sueño parece en la Costa Cuca el crecimiento de la planta; fantasía en San Miguel Pochuta, surgimiento impensado en las planicies de Chimaltenango, capricho lujurioso en las faldas del cerro Atilán, volcán dormido. Por Pochuta crecen muy rápidamente las haciendas. Porque es ir, plantar, esperar y hacerse rico. Aquí dos, allí tres, muy rara vez más de tres años, y ya los fatigados brazos no bastan, ni aun con el ansia primeriza, a recoger del tapizado suelo la abundantísima cosecha (pág. 29).

Conviene dar constancia de la escrupulosidad realista con que el autor, a la vista de las circunstancias propias de la naturaleza guatemalteca y de sus posibilidades futuras, propone la explotación ganadera como una de las principales fuentes de riqueza que se le abren a este país en en el mundo moderno:

Lo que de veras ha de preocupar a las gentes honradamente ambiciosas, es el seguro bienestar que se conseguirá en aquellas tie-

rras dando incremento a la ganadería. Porque el ganado escasea y es solicitado. Se le compra barato y se vende caro. Como la demanda crece, la oferta encarece. Si se tiene dentro ¡qué gran ventaja para los tenedores! ahora hay que ir a buscarlo fuera. Centuplicarían los capitales destinados a esto. «Con criar cerdos, esto es, con dejarlos comer, me decía un ministro, se hace uno rico». —Yo pregunté en Escuintla, y tenía razón.

De 17 a 22 pesos se compran míseros novillos, en 35 pesos se venden; luego, y en 55 sonoros duros, un buey gordo.

¡Y son por todas partes tan fáciles los pastos! y los hay tan buenos por Salamá, por Cobán y por Ayarza!.

Huehuetenango, el departamento de hermosa cabecera, es rico en esta producción, y como en Jalapa y Jutiapa hay buenos pastos, muy macizos, para allá se encaminan los especuladores. Y hacen bien, que una gran fortuna merece el trabajo de buscarla. No hay en la tierra más vía, honrada, que la que uno abre con sus propios brazos.

Así lo entienden los franceses que por Gualan tienen café, los americanos que por Salamá hacen vino, los ingleses que por Izabal tienen ganado (págs. 34-35).

Los tempranos beneficios de la Revolución de 1871 no dejan de ser exaltados con el interés de un estadista empeñado en la renovación de la infraestructura necesaria para el desarrollo económico del país y, sobre todo, interesado en la reforma de un sector de la vida nacional tan decisivo en el proyecto modernizador como el de una educación adecuada a las demandas del lugar. Observemos la condensación expresiva que, en virtud del ritmo narrativo, de la profunda impregnación emotiva y del poder sugerente de unos cuantos símbolos clave, nos representa con suma viveza el ambiente generalizado de progreso que anima a la joven nación:

Triunfante la revolución, estaba como pletórica de buenos deseos. Rebosaba creaciones. Tendió telégrafos, contrató ferrocarriles, abrió caminos, solicitó educadores, subvencionó empresarios, fundó escuelas. En esto último, su ardor no se ha cansado todavía. Ni se cansará, porque sus frutos son visibles, y sus mismos frutos lo alimentan. ¡Qué vuelta la del maestro joven a la aldea lejana, donde para recibirlo ciñó su madre al pelo la trenza más hermosa, y al cuello los mejores corales, y vistió el buen viejo, indio o ladino, su más blanca camisa de algodón! Se fue con sus harapos; y vuelve con sus

sueños, con sus bancas, *con sus instrumentos de alma, con sus riquezas espirituales, con sus libros. Se fue burdo, y viene afinado. Se fue tartamudo, y vuelve elocuente* (pág. 55. La cursiva es mía).

He subrayado estos últimos asertos del autor por cuanto nos permiten vislumbrar que, por debajo de ese programa reformista propio de un gobierno liberal de aliento positivista —como tantos de su época en el continente americano—, subyace un idealismo trascendente que reconoce en la superioridad espiritual la cima de todo progreso, de un modo semejante a lo que, años más tarde, propondrán José Enrique Rodó y el pensamiento arielista por él impulsado. «Siémbrense química y agricultura —advierte Martí en otro pasaje cercano—, y se cosecharán grandeza y riqueza. Una escuela es una fragua de espíritus: ¡ay de los pueblos sin escuela! ¡ay de los espíritus sin temple!» (pág. 54). Y la trascendencia del beneficio material en aras del progreso espiritual es un fenómeno que rebasa las aspiraciones positivistas del momento y se encuadra en el proyecto americanista propio del Modernismo, aspecto en el que Martí también se nos presenta como un clarividente fundador.

Reincidiendo en el terreno educativo, fundamental en el proyecto martiano de progreso, se hace indispensable señalar el protagonismo que la formación estética adquiere en una época de modernización donde los ideales absolutos (Belleza, Verdad, Bien) se cuestionan y se omiten de ordinario en el pensamiento y en la práctica social. Ideales absolutos —y la Belleza es uno de los capitales— que constituyen la meta del Modernismo como movimiento literario y como actitud espiritual. Reparemos en cómo, con la virtud sintetizadora de nuestro autor, la educación de la sensibilidad estética es una de las tareas basilares de la formación integral que se nos propone, en consonancia también con el idealismo krausista tan caro a Martí:

La tierra es rica; por ella misma, por los honrados hábitos de los que la viven, por la enérgica voluntad de los que la gobiernan. Crear, extender, vivir, esto se quiere. El país no opone resistencia. Ama la limpieza, está acostumbrado a la sobriedad, gusta del trabajo. Naturalmente artístico, una vez despierto el gusto, buscará con amor todo lo bello (pág. 37).

Y este espíritu de notable filiación ilustrada, aunque corregido de las abstracciones y reduccionismos en que el racionalismo ilustrado incurrió, y

actualizado con las aportaciones científicas, filosóficas y estéticas de los nuevos tiempos, es este espíritu —digo— el que anima el pensamiento y la acción americanistas de Martí a lo largo de toda su obra posterior. El único elemento que —por razones obvias de cronología biográfica— falta en este proyecto de modernización de nuestra América es la advertencia contra el imperialismo estadounidense que años más tarde aparecerá de continuo en la reflexión martiana sobre el destino común de los pueblos hispanoamericanos. Pero lo esencial ya se apunta aquí nítidamente.

### **El lenguaje modernista de *Guatemala***

El novedoso contenido ideológico de este ensayo no agota su significación señera en la génesis del modernismo literario hispanoamericano, a pesar de la escasa atención que la crítica le ha dispensado a este texto (por razones tal vez muy comprensibles que ya he tratado de anticipar y que apuntan, en síntesis, a las circunstancias y al formato de su publicación inicial).

Y es que Martí, que desde *El presidio político en Cuba* (1871) había emprendido una audaz renovación de la prosa literaria hispánica, como he abordado en otra ocasión<sup>9</sup>, despliega en este ensayo una serie de recursos expresivos que emanan de su concepción artística de la prosa y del intento de convertir cada párrafo en una imagen viva de su inteligencia consustanciada con su personalísima sensibilidad, no como simple ornato del pensamiento puro. Tal es el propósito fundamental del Modernismo, que adquirió carta de naturaleza antes en la prosa que en el verso. Y la prosa martiana es un vivo reflejo de este hecho histórico ya indiscutible.

En *Guatemala*, después de su encuentro maravillado con la naturaleza de la América continental, todo el irracionalismo que sustentaba el lirismo de su prosa anterior se desborda en un derroche de sensaciones que trata de representar subjetivamente el impacto sensual de la naturaleza americana en sus colosales dimensiones. Como señalaría Gabriela Mistral a propósito de la lengua de Martí, «el Trópico es abundante por riqueza y no por recargo,

---

<sup>9</sup> Me refiero a mi artículo «Poesía y revolución en la primera crónica de José Martí (Sobre *El presidio político en Cuba*), que, cuando escribo estas líneas, está próximo a aparecer en la revista *Casa de las Américas*.

como se cree, es abundante por vitalidad y no por perifollo, y yo quisiera saber pintar para hacer entender esto a los que no han visto el Trópico»<sup>10</sup>.

Ya habremos podido comprobar, en las citas reproducidas y en algunos de los señalamientos que he realizado anteriormente, que el presente ensayo nos retrata de modo global la naturaleza y la cultura guatemaltecas, en su más amplio sentido. En ese retrato existe una finalidad informativa y valorativa y, por tanto, la voluntad objetivista de un autor que desea ponernos en contacto directo con una realidad externa a él y a nosotros. No obstante, y sin dejar de cumplir esta misión, toda la información y los múltiples trazos que dibujan a Guatemala con perfiles muy significativos aparecen tamizados por el denso temperamento lírico del poeta, omnipresente en todos los datos y apreciaciones. De tal manera que el *reportaje*, sin dejar de serlo, se proyecta a un nivel poético en el que podemos encontrar auténticos pasajes poemáticos. He aquí, pues, el ensayo eminentemente artístico del Modernismo, ya en su primerísima hora.

Tal fenómeno es rico en consecuencias bien patentes a lo largo de todo el texto: el carácter selectivo de la información, que permite evocar la compleja realidad de todo un país en un ensayo ciertamente escueto; las continuas manifestaciones afectivas del autor sobre la realidad contemplada, la falta de conexión lógica entre muchas cláusulas, que sólo guardan entre sí una coherencia emocional. Y, como uno de los recursos naturales de ese temperamento lírico que lo permea todo, cabe destacar el significativo ritmo de la prosa, dotado de una gran flexibilidad según se trate de resúmenes narrativos, figuraciones panorámicas, escenas concretas de trazo minucioso o de pasajes reflexivos con mayor densidad propiamente intelectual. Predomina, sí, la oración breve, que en su sucesión asindética trata de reproducirnos el ritmo del viaje que realiza el autor por el país o el cúmulo de impresiones que se agolpan en su sensibilidad. Veamos tan sólo uno de esos pasajes, donde las frases cortas se aglomeran para transmitirnos el ritmo del viajero y la multitud de impresiones recibidas. Habla el autor de su paso por la antigua población de Escuintla:

En este grupo de pequeños indios, el uno se refresca con sabrosa caña, gusta el otro con delicia un terrón de blanca azúcar, cata el

---

<sup>10</sup> G. Mistral. «La lengua de Martí» (1950), recogido en la extensa antología crítica compilada por Ana Cairo Ballester, *Letras. Cultura en Cuba*, La Habana, Ed. Pueblo y Educación, 1989, vol. I, pág. 233.

otro un redondo trazo de *panela*, lo que en México llaman *piloncillo*. —Y tienen razón, que por aquí abunda el azúcar. Hay palmas y cañales, refinería, trapiches, centrifugas. Se traen administradores extranjeros, inteligentes en el cultivo. Se crean hoteles, porque las industrias nuevas están llamando caminantes. Y, a la par de las humildes casas, álzanse con premura otras nuevas, vastas y elegantes. Sopla el trabajo, y corre como el viento la riqueza (pág. 23).

A lo largo de todo el texto el ritmo de la prosa se ralentiza o se acelera para adoptar velocidades muy variadas de acuerdo con el ánimo del autor y con la intencionalidad informativa de cada pasaje. También aparece con frecuencia muy notable el paralelismo sintáctico de pequeñas oraciones que se acumulan en enumeraciones de gran intensidad expresiva, las cuales nos recuerdan el barroco paralelismo continuado de los párrafos de un Gracián, tan afinado en el ingenio como Martí en la emoción, aunque ambos se sirven con eficacia de la sucesión de estas construcciones sintácticas muy afines:

Así rápidamente a modo de gigantes niños, a manera de fantasmas de oro acaban de pasar a nuestra vista inmensos campos, vastas haciendas, soledades regias, esperanzas, adelantos, glorias, gérmenes. *El café que empieza, el nopal que expira, el cacao que resucita, el ganado que muge impaciente, el pasto que se ofrece, el extranjero a quien se llama, la fortuna que se brinda, el libro en que se aprende, la riqueza pública por el trabajo individual, base futura de gran gloria* (pág. 55. La cursiva es mía).

Y, por último, en lo que respecta a los evidentes síntomas de madurez de la prosa martiana, que reaparecerán en sus escritos posteriores y que fascinarán por su novedad creativa a todos los escritores modernistas, debo constatar la recurrencia de figuraciones impresionistas que, mediante símbolos asociados, transcriben por vía emotiva e imaginativa la realidad externa contemplada:

—Oh! sí! El rico grano, que enardece la sangre, anima la pasión, aleja el sueño, inquietísimo salta en las venas, hace llama y aroma en el cerebro; el que afama a Uarapan, mantiene a Colima y realza a Java; el *haschisch* de América, que hace soñar y no embrutece; el vencedor del té; el caliente néctar, el perfumado cafeto, crece como

la ilusión con los amores, como la marcha de la nube con el impulso de los vientos, en los cerros y planicies de la hospitalaria Guatemala (pág. 29).

Y, como técnica simbólica complementaria, aunque requiere un grado mayor de creatividad, en nuestro ensayo nos asaltan diversas figuraciones expresionistas, que corporizan un estado interior del alma mediante imágenes sensibles convocadas de modo ilógico por el impulso de la emoción y de la fantasía del poeta. Conviene reparar de nuevo en la temprana fecha del ensayo, 1878, para valorar justamente la sorprendente utilización que hace Martí de una técnica simbólica que se generalizaría en la literatura occidental ya bien entrado el siglo XX<sup>11</sup>. Basta con transcribir algunas frases en que nuestro autor corporiza de modo expresionista la emoción que le produce la poesía y la personalidad del guatemalteco José Batres:

Aquel laúd estaba vestido de luto, no colgado de cascabeles (...)  
Él pintó un desierto en estrofas que secan y que queman. Pintó un volcán en versos que levantan y dan brío. Pintó un muerto de amores, dignamente doliente, en unos breves versos que todos saben, que todos admiran... (pág. 39).

En suma, nos hallamos ante uno de los textos fundacionales de la prosa modernista donde *Guatemala*, a la vez realidad concreta y símbolo de nuestra América, se nos muestra como el reino de la armonía entre la naturaleza, el hombre y la cultura. Dentro de la utopía americanista, en el sentido más noble con que la definió Pedro Henríquez Ureña, este ensayo de Martí ofrece todo un programa de gran eficacia práctica para el hombre hispanoamericano, al tiempo que nos traza en armoniosa síntesis la visión trascendente de un mundo donde Verdad, Bien y Belleza se identifican. Y ésta es la esencia del credo modernista, encarnado aquí en un lenguaje también renovador y de grandes resonancias en los prosistas posteriores de este movimiento. Un movimiento donde América, directa o indirectamente, es tema frecuente o referente indispensable.

---

<sup>11</sup> Sobre el impresionismo y el expresionismo en la obra de Martí, véase mi libro *La poética de José Martí y su contexto*, ed. cit., págs. 375-410.